

## Putasma...



Ahora no siento que me asfixie y que me muera en cada noche.

Hay estados de lucidez en que los ruidos, ya no existen. O no importan. Eso pasa cuando absorto, te quedas rumiando y rumiando en ese algo que te ha sorprendido y mucho.

Berta Epifanía se llamaba y era asmática. Muy asmática. Algunos la conocíamos en la guardia por su nombre y otros, por su enfermedad. Tenía anclado en su cuerpo y en su rostro, esa belleza extraña que ni el tiempo ni la enfermedad, jamás pueden borrar. La enfermedad siempre es incertidumbre, agujero negro en el que uno nunca sabe si podrá salir. Salir de todos los agujeros, al final se sale, salvo del agujero que te mantiene prisionero de los tiempos y que te va arrastrando día a día, hasta el puerto final de la vejez. De ese agujero, jamás se sale.

Hacía muy poco que de médico, había empezado a trabajar. Quizá yo transitaba esos primeros días, con más ciencia y más soberbia que con arte y humildad. Quizá fue por eso que le pregunté inocente, por su trabajo y profesión. - *Trabajadora del sexo...* - me contestó en una espiración suave y delicada. Y se quedó esperando mi sentencia, como aguardando mi permiso para proseguir con su vida y respirando. Guardé la lapicera, dejé en cualquier lado la planilla y le tomé una mano. Sentía mucha vergüenza de mi mismo.

La medicación surtía efecto y nos quedamos charlando de su vida. Su vida. Como el viaje de una moneda o de un billete recorriendo billeteras, monederos y bolsillos. Olores de uriniales, humedales de encierros, baldosas desgastadas y azulejos siempre destrozados. Pasillos angostos que parecían atravesar los baños, confundiendo sus olores. Lloró y lloró, aferrándose a mi mano y maldiciendo a su destino... y al final, se me quedó dormida, mientras con una gasa me encontré secándole sus lágrimas cansadas.

Mente y cuerpo de la mano y por la vida, caminando juntos. Lo que le pasaba a uno, le pasaba al otro. Y se despertó al día siguiente, mejorada y mostrándome que el aire penetraba en sus pulmones como nunca. La mente va migrando en trayectorias, abriendo percepciones. El hígado resuena en armonías no habituales. Y me quedé mirándola en su belleza ajada. Todo su cuerpo parecía el destino incuestionable de una vida cuestionable. Pintado en la paleta de su vida, asomaba un paisaje de emociones tristes, en las que se derramaban multicolores fragancias, sonidos que acarician y recuerdos que regresan... y regresan

- *Me moría de hambre con mi hija, cuando recién llegue a Buenos Aires...* - hablaba mientras le sacaba el suero y las mangueras, y se le caía el recuerdo de un novio pueblerino, que escapó de ser hombre y de ser padre - *Mi madre se murió sin saber nada de esto, pero*

*la tengo siempre presente en mi conciencia...* - Voz profunda que se levantaba en cada cliente, desde el silencio más profundo. Palabras que recortaban realidades, que se largaban a alumbrar el largo túnel, el frío de la estepa del invierno largo, reflejando los ecos lánguidos del amor de madre que siempre fue asimétrico. Faro que horadaba las tinieblas densas, de las miserias humanas más profundas. Madre, siempre viva en su conciencia...

Y empezamos a la otra semana, tomándonos un café en un bar cercano al hospital. Era de esos bares en los que te pasan tangos y modorras todo el día. Dialogamos con los ojos y tomándonos las manos. Emociones que se tienden como puentes, lubricando relaciones. Tierra fértil hecha mujer que buscaba seguir en crecimiento. Río de aguas turbulentas sus palabras, que como goma enorme, van borroneando los recuerdos melancólicos y tristes. Como si ella hubiese esperado que los demás se mueran para empezar a amarlos, a quererlos, a entenderlos. Mirarme en el espejo de esas aguas, me replanteaba siempre si ese a quien estaba yo mirando, era realmente yo.

Comenzó la cuenta regresiva el mismo día en que se asomó su vida al mundo mío. Me lo advirtió un amigo - *Vagar por las orillas de ese río, sin más nadie que vos solo, es sentirte otra vez que no avanzaste ni volviste. Date cuenta que estando solo con vos mismo, vuelves al mismo punto de inicio de donde empezaste...* - Dolor que se me quedó vagando, tratando de rellenar un diálogo que nunca más se me produjo. Jamás logrará nada el que se quiso cortar las venas con cuchillos de humo y retratarse en las arenas de una playa en la memoria. Berta Epifanía ingresó una noche hasta mi guardia sangrando en sus muñecas, llorando en rojas lágrimas, desde las cortadas venas que cizalló un pequeño cuchillo de cocina. Berta era también intentos de suicidio...

Cinco puntos de sutura a la derecha y otros tantos, a su izquierda. A la mañana se fue para su casa, habiéndole yo tapado con las gasas más pequeñas, su locura y mi dolor. En mi locura y en mi inocencia cándida, creía haberla redimido. Me había imaginado casándome con ella y acariciándole el recuerdo, mimándole el viejo dolor, entregándole mi vida y mis proyectos. Pero ahora, del diccionario de mi mente, quería borrar a la única palabra que me perforaba el alma. Iluso, me decían las ventanas sacudidas por el viento; Iluso, me decían los pasos del pasillo; iluso, me repetían los pájaros que anidaban debajo del alféizar de mi ventana...

Esa noche me fui a caminar y al poco rato, la vi. Como carne de prostituta se paseaba, colgada en un gancho de la calle, expuesta al mejor precio del mercado, sin futuro, sin tiempo y sin espacio, tarareando una música en susurros y mascándose un chicle desgastado de tantos mordiscones. Ausencia y lejanía, danzando entre lo que se dijo y lo que no se dijo. Entre lo que me dijo y lo que no me dijo... pero nunca sabré si en esa noche, ella me vio. De lo que estoy seguro, es de que nunca más la volví a ver.

Interrogué a mi madre. Y nada. Interrogué al pediatra de mi infancia. Y nada. Interrogué a todo mi pasado. Y nada. Interrogué desde los miles de colores, al medio en que me tocó vivir. Y nada. La respuesta fue una sola. Yo jamás había padecido asma. Ni un solo caso de asma en toda mi familia. Nada... Por eso es que no entiendo, o no quiero entenderlo, de donde salió el asma, que comenzó a asfixiar a mis pulmones. Me ahogó el asma desde aquella misma noche en que la vi a ella, pasearse hermosa y contorneante entre los hombres

---

y los autos...

Siento culpa, mucha culpa. Y sigo construyendo en maderas y acuarelas mi horizonte. Ese horizonte que atraviesa los paisajes. Y por eso me alejé de ella para siempre... Y así he llegado hasta el impresionante mar que purifica, y desde esta orilla que es la seguridad de la infancia que se fue, lanzo mi mirada hacia ese horizonte que es la muerte. En el medio bulle el mar con todos sus peligros. Deberé nadar para alcanzar al horizonte, sin hundirme... Berta Epifanía ya lo alcanzó a ese horizonte. Y lo pasó... Fue tan fácil, tan fácil no tratarla en esa noche de ahogos y sobredosis de pastillas, en que cayó de urgencia al hospital.

Siento culpa, mucha culpa. Igual siento culpa. Sin embargo ahora he vuelto a respirar. Ni rastros quedan de mi asma.

*Fin*